



Por MICHEL E. TORRES CORONA

UNA amiga cuelga el enlace en el grupo, con evidente repugnancia. Clic, y puedo ver a un hombre joven que responde a una de esas entrevistas en las que el periodista tiene más respuestas que preguntas.

Del entrevistado dicen que fue diplomático cubano, que «huyó» de la «cruel dictadura», que no desempeñó cargos de demasiada importancia... ¡pero cómo sabe el hombre!

Habla y habla sin parar, apenas le dan pie para la décima, sobre antiguos compañeros, sobre el organismo en el que comenzó a trabajar y del que ahora guarda, al parecer, la peor opinión; habla de supuestas interioridades, «secretos» de las relaciones internacionales en Cuba, y aprovecha para sumarse al coro de la historia reac-

cionaria que recibe en Nueva York (o pretende recibir, porque son tan pocos que ni ruido hacen) al Presidente de la República de Cuba, Miguel Díaz-Canel.

Le envío el video a un amigo que lo conoce, y me cuenta varias verdades sobre ese hombre joven que hoy aborrece todo lo que fue. Un traidor no se gesta de manera espontánea: si revisamos su historia, su hoja de ruta, encontraremos el rastro de una persona llena de dobleces.

En la crisálida de un traidor se amontonan las simulaciones, el oportunismo, el «sí-cómo-no», la teatralidad vergonzante. Cuando estalla su capullo, cuando abre las alas y se deja ver al mundo como lo que siempre fue, se sorprenden los que no lo acompañaron en el proceso, pero casi nunca los que lo llegaron a conocer, los que lo vieron de cerca.

Por supuesto, hay traiciones que sí sorprenden; hombres y mujeres que llegan a ser tan hábiles para la mentira, tan diestros para el engaño, que es muy difícil alcanzar a prever que algún día se alejarán de todo lo que decían defender. Esas traiciones duelen, porque no solo entrañan un golpe a la confianza: también nos hacen dudar de nuestra propia capacidad para enfrentar a ese tipo de ser humano; y en un mundo donde se premia la simulación, donde las tácticas más sucias suelen tener éxito, eso puede ser muy peligroso.

Mi amigo no habla desde el odio o desde el dolor: la traición del que ahora entrevista la «prensa libre» no lo sorprendió. Siempre supo que era un desvergonzado, que aprovechó toda oportunidad laboral para su propio beneficio. Y las mentiras... ¡cuántas mentiras dichas a la seria y objetiva «prensa libre»! Pero, ¿a ellos qué más les da? ¿Para

qué triangular fuentes, corroborar la información, si ese muchacho dice justo lo que ellos quieren escuchar?

¿Espías en la delegación cubana? Miles, mister. ¿Corrupción? A toneladas, mister. ¿Cuba es una dictadura? Of course que sí, mister, oh, yes.

Las traiciones indignan, asquean, incluso en contadas ocasiones pueden llegar a doler, pero la suerte de los traidores siempre es la misma: terminan condenados al desprecio universal. A los que traicionó no podrá volver nunca, y a los que se vendió... pues esos le pagarán por su servicio, pero pronto lo olvidarán.

Los traidores son artículos desechables, y desde los tiempos de la Roma imperial, se les retribuye en metálico o en dádivas, pero también con el más hondo desprecio. Nadie confía en un traidor, nadie valora ni respeta la deslealtad.



Por YAIMARA PÉREZ REYES yaimara3128@gmail.com

“Entre los muchachos con las congas improvisadas, y esos jovencitos que se plantan en las esquinas con los equipos, se estremecen las paredes de mi casa y acaban con mis oídos, no dejan descansar a nadie”, dice Elsa con cierto enojo.

“Eso sin contar los que andan en las motorinas con tremendo escándalo, que parecen carrozas sin figurantes y, para rematar, esos temas que ni canciones se les puede llamar, dicen cualquier cantidad de barbaridades y palabras obscenas; han perdido la cultura del respeto”, rezonga.

La vecina tiene razón. Quizás sea un tema manido en los medios de comunicación, pero la verdad es que aún no se resuelve, cada vez se suman más personas a esos escándalos a cualquier hora del día, sin reparar en que, a lo mejor, hay niños pequeños durmiendo, ancia-

nos o personas convalecientes descansando.

Lo peor es que cuando les llamas la atención, las respuestas son vergonzosas, te mandan bien lejos o te amenazan, y en algunos casos le suben el tono a la música desagradable para intensificar el martirio en venganza.

Esta problemática, generalizada en la sociedad cubana, se considera una de las fuentes más frecuentes de contaminación ambiental, y es estimada como un problema de salud.

Varios estudios confirman que la exposición a altos decibeles provoca daños, como la pérdida progresiva de la audición, irritación, cansancio, interferencias en la comunicación, perturbación del sueño, estrés, disminución del rendimiento y la concentración, agresividad, dolor de cabeza, estados depresivos, alteración del ritmo cardíaco, entre otros.

Según la Organización Mundial de la Salud, hay límites aceptables

para el ruido: 65 decibeles por el día y 55 en la noche. La capacidad auditiva empieza a deteriorarse a partir de los 75 decibeles y, si supera los 85, puede originar la denominada sordera sensorineural progresiva.

Los sonidos desproporcionados están considerados también como azote de la sociedad moderna, y es por ello que desde 1996, y a propuesta del Center of Hearing and Communication, el último miércoles de abril se celebra el Día internacional de concienciación sobre el ruido, jornada que promueve buenas prácticas para reducir el impacto de ese charlatanismo en la calidad de vida de las personas, por lo que urge adoptar políticas públicas para evitar su progresivo avance.

Para frenar este fenómeno, las autoridades de los ministerios de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (Citma), Salud Pública (Min-sap), Trabajo y Seguridad Social (MTSS), y el Instituto nacional de la Vivienda, junto al Estado y al Go-

bierno, han puesto en vigor leyes y resoluciones.

Por ejemplo, la Ley 81 del año 1997, emitida por el Citma, en su artículo 147 establece: “Queda prohibido, producir sonidos, ruidos, vibraciones y otros factores físicos que puedan afectar la salud humana”. En tal sentido, existen otras tantas, como la Ley 141 del 1988 en el artículo 1, la resolución 4 de 1991, y la Ley 200 del año 1999 en su artículo 11, por mencionar algunas.

Existen normas encaminadas a controlar esta molestia, por tanto, corresponde también a los administrativos de sitios de recreación, gastronómicos y culturales, entre otros a quienes compete el tema, cumplirlas, y a los órganos y organismos del Estado velar porque no se produzcan ruidos innecesarios.

Todavía resulta insuficiente el control, y se requiere frenar a las personas indolentes. Habrá que seguir alzando la voz para clamar por un poco de silencio.

Culto al silencio

Cuídate de los alabanciosos



Por LUIS MORALES BLANCO moralejosster@gmail.com

LA primera noticia en torno a este vocablo la recibí nuestro amigo, el guajiro José Luis, por la vía familiar ascendente hasta la actual: bisabuelos, abuelos y padres, siempre empleada con un sentido despectivo y vigilante.

Pero la escrita más antigua le llegó hurgando en internet sobre asuntos referidos a las posesiones españolas de ultramar.

Así, un acta del Congreso Internacional de Hispanistas de 1964 cataloga a este sujeto social como un peligro para sus colegas: “Ten-gamos en cuenta que, como decía el consejero Juan Vázquez de Arce a Felipe II, el obispo de Chiapas era hombre eficazísimo en persuadir; y en efecto, favoreciendo su carácter alabancioso, tenía arte natural para paliar su autoelogio”.

De aquellas conversaciones con sus ancestros, nuestro amigo re-

cuerda que una parienta jovenzuela había perdido al padre y muchas veces las personas se retiraban temprano del novenario (rezos), pero un visitante se quedaba un poco más y se iba después de las 10:00 de la noche, algo insólito en el campo.

Una noche, la madre de la muchacha, atenta al qué dirán, explicó al joven que no era correcto que visitara hasta tarde a dos mujeres que vivían solas.

A la chica solo le dijo: “Por si acaso, ¡cuídate de los alabanciosos!”

Eso es en sentido general y en lo laboral solo entrañan riesgo para sus colegas, pero aún más dañino o venenoso es aquel sujeto jactancioso que alardea de sus aventuras amorosas, casi siempre exagerándolas; peligrosísimo cuando agrede la moral de una mujer, o la de un hombre, pues la moral es como el cristal, debe aparecer irreprocha-

ble y nadie tiene el derecho de empañarla.

Esos no merecen otro apelativo que tipos, por sucios: son capaces de contar en cualquier corro que quiera escucharlos lo “que le hizo a la dama”, sus atributos, dimensiones, fogosidad y “lo enamorada que está de él”, en el colmo de la poca hombría, porque en muchas ocasiones la dama puede catalogarlo como deplorable en el acto amatorio, aunque él piense lo contrario.

La música y el arte han tratado varias veces el tema, por ejemplo, la orquesta salsera Costa Azul dedica el tema Alabanciosa a una chica, pero lo hace sin cuidado, los autores no dejan bien parada a la femina, no son caballerosos con ella, la injurian.

Un cha cha cha, de Enrique Jorrín, lo critica también, pero sin denigrar; en la pieza el protagonista destaca sus dotes de bailaror de modo exagerado: “Cuando llego yo

a la fiesta/ las nenas se me alborotan (...)/ se disputan por bailar/ porque dicen que soy crema/ que soy un mantecao y que tengo en la cintura algo sobrenatural”. Entonces el coro lo llama a la cordura: “¡Alardoso!...” “¡Alardoso!...”

Y en el terreno político, hay vanidosos que ensalzan sus gobiernos, lo duro que son contra el terrorismo y hasta ponen a otros países en listas falsas de patrocinadores del flagelo y, a la vez, son capaces de permitir que la sede diplomática de uno de ellos sea agredida ¡dos veces con armas de fuego!

¿Se parece esto al actual contexto internacional? ¡Claro! De EE.UU. hacia Cuba.

La individualidad y, sobre todo, la moral de las personas y naciones, no pueden caer al suelo, porque se rompen. En esto no hay inocencia, pues desde que los pequeños empiezan a pararse se les educa en tal precepto. ¡A aplicarlo!